

la TIERRA y la

A los ojos del viajero que pisa hoy por primera vez Palestina, la tierra de la Biblia puede quedar oculta tras una pantalla de sensaciones dispares. Las láminas del libro de Historia Sagrada, con imágenes de héroes bíblicos y un trasfondo de ciudades amuralladas, se trocarán en vastas soledades pedregosas, con algunas ruinas a flor de tierra; y los lugares santos, en que se había acostumbrado a situar a Jesús, a través de la imaginación de un W. Hole, aparecerán transformados en basílicas cristianas, recargadas por la devoción popular de muchos cientos de años. Si no estaba preparado psicológicamente, tal vez experimentará una verdadera

decepción cuando sepa que las murallas de la ciudad "vieja" de Jerusalén son de época turca, y que la verdadera ciudad de tiempos de Cristo sólo se revela, a golpe de piqueta, a los ojos avizores de los arqueólogos. O cuando se encuentre con que la Jericó de muros almenados, que había soñado de niño, yace inmóvil bajo el informe sudario de tierra de un "tell" con apariencia de colina vulgar. Y, si procede de tierras nórdicas, se escandalizará de que la "tierra que mana leche y miel" ofrezca, en gran parte, el aspecto desolado y empobrecido de un país predesértico. Sobre esta tierra, una población heterogénea y de las más diversas proce-

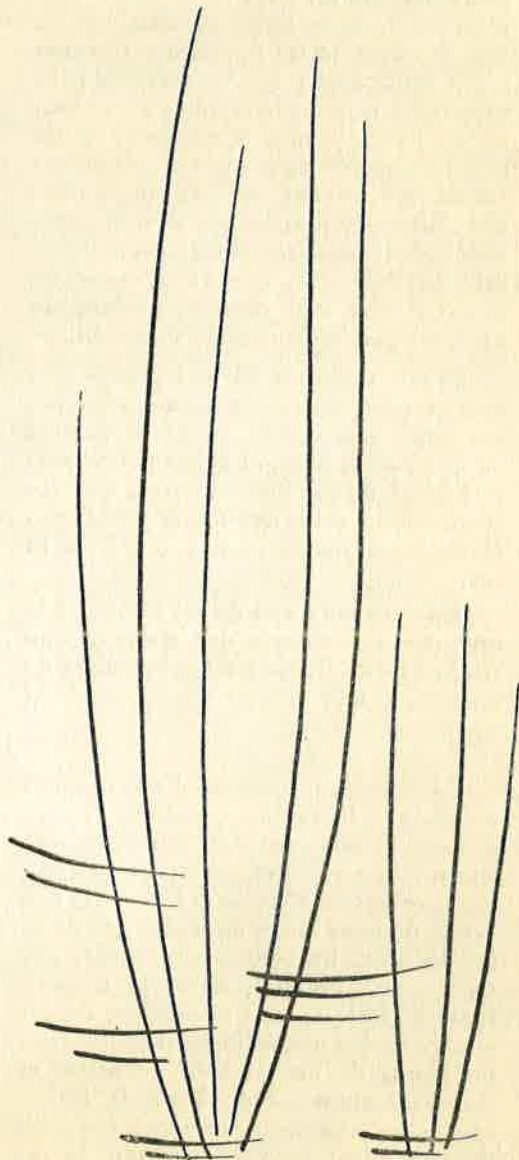
n o t a s

PALABRA

A Torres

dencias, hoy, además, separada por alambradas y ametralladoras, le ofrecerá una abigarrada estampa de color y contraste.

Y, sin embargo, esta tierra es la Tierra de Dios. "Aquí ha vivido Dios". Palestina es la tierra de la Biblia: la tierra de los Libros Sagrados; o, mejor, la tierra de la Palabra. La tierra donde la palabra del Señor se comunicó a los hombres. La tierra donde la palabra de Dios dirigió la Historia. Y, por fin, la tierra donde la Palabra, con mayúscula, el Verbo de Dios esencial e inmutable en el seno del Padre, se hizo acontecer histórico y se engarzó en esa



cadena de la existencia humana, que se numera con un "antes" y un "después".

Si examinamos la posición de Palestina en un mapa, la veremos caracterizada, ante todo, por un extraño fenómeno geológico, único en el mundo: una depresión que corre de norte a sur, y que, en su parte más baja, llega casi a los 800 m. bajo el nivel del Mediterráneo. A lo largo de ella, un río que se nutre de las nieves del Hermón y del Antilibano; que se remansa para formar un lago de agua dulce de 11 km. de anchura, y que desemboca en un mar interior de aguas intensamente saladas. Al oriente de esa depresión, una hilera de mesetas; a occidente, una cadena montañosa, la "espinas dorsal" de Palestina, que va a morir en una estrecha faja costera, prolongada al norte por la llanura de Esdrelón.

Si nos situamos en una perspectiva más amplia, nos encontramos con que esa depresión ocupa la parte central de una media luna, el famoso "Creciente Fértil" de los historiadores, que corre desde el valle del Tigris y Eufrates al norte, hasta la cuenca del Nilo al sur.

Estamos ante uno de los lugares más cargados de historia del mundo. Una tierra que ha llenado salas inmensas de museos, y que todavía no ha revelado sus últimos secretos.

La aventura comenzó hace muchos siglos. Las tribus de cazadores de los últimos tiempos del Paleolítico, habían aprendido a recolectar el trigo que crecía silvestre en el valle del Jordán, con ayuda de unas hoces de hueso con dientes de sílex. Fue entonces cuando, por un proceso gradual, nació la agricultura. Y, hace apenas unos años, las piquetas de los arqueólogos descubrieron los restos de un poblado neolítico, el más antiguo conocido hasta la fecha, que dormía su sueño de nueve milenios bajo la colina de Tell es-Sultán, la Jericó del Antiguo Testamento.

Tres o cuatro milenios más tarde, unas gentes que labraban el cobre, establecieron sus enclaves en el desierto de Judá y en la cuenca baja del Jordán. Eran pequeños poblados de artesanos, que practicaban el comercio y que nos dejaron la maravilla pictórica de la estrella de Teleilat el-Ghassul, al nordeste del Mar Muerto.

En el milenio siguiente, cuando el hombre mejoraba su técnica, empezando a convertir el cobre en bronce, aparecieron las primeras agrupaciones urbanas, en vías de convertirse en núcleos de estados. En los dos extremos del Creciente, la presencia de grandes ríos permitió el desarrollo de entidades poderosas, con vocación imperialista. Y se dibuja así una de las constantes de la historia de Palestina: tierra de tránsito, especie de colchón, comprimido entre rivales poderosos, que sólo gozará de una autonomía desahogada en los momentos de equilibrio de fuerzas o de crisis de sus vecinos. — Junto a esta constante, otra de fácil explicación: las tierras del Creciente, oasis fértil en medio de un mar de desiertos, actuarán como imán para continuas oleadas de nómadas pastores.

En los alrededores del a. 2.000 a. C., en todo el Oriente Medio se registra un movimiento de retroceso, que arruina las estructuras culturales labradas durante un milenio. En Egipto, graves desórdenes sociales — "la primera revolución de la Historia" — dieron al traste con la "civilización de las Pirámides", mientras en el resto del Creciente Fértil, una nueva oleada de semitas — probablemente los amorreos de la Biblia — desorganizaba los primeros imperios de Mesopotamia. — Pero, como tantas veces en la Historia, de aquel desastre pasajero salió una civilización rejuvenecida con aportaciones de sangre nueva.

Estamos hacia la segunda mitad del s. XIX a. C. La palabra de Dios traba el primer contacto con Palestina: un contacto todavía lejano, difuminado en

promesa y esperanza. Estaba Abram en Haran, en el recodo norte del Eufrates, cuando Yavé le dijo: "Vete de tu país, de tu patria, y de la casa de tu padre al país que yo te mostraré" (Gén 12, 1). Abram se puso en marcha y nómada por la tierra de Canaán. Allí recibió la promesa del Señor: "Alza tus ojos y mira desde el lugar en que estás hacia el norte y el mediodía, hacia oriente y poniente. Pues toda la tierra que divisas, a ti y tu descendencia la daré para siempre" (Gén 13,14-15).

Pero la Tierra seguía con su vocación de país de tránsito. Hacia 1.700 a. C., un pueblo híbrido de dos razas (1) irrumpió en Palestina por el norte, al galope de sus carros de guerra, y establecía un sistema de ciudades-estados, bajo régimen feudal, que conoció un grado de prosperidad material relativamente alto, gracias a la estratégica situación del país, en el cruce de las vías comerciales que bajaban de norte a sur, y a la pasajera debilidad política de sus vecinos.— El empujón había sido demasiado fuerte, y, a su impulso, una andanada de pueblos penetró en Egipto. Fueron, probablemente, los faraones de estas dinastías de origen asiático, los Hyksos, quienes acogieron en el Delta del Nilo a los descendientes de Abraham.

Hacia 1550 a. C., el faraón Ahmosis penetraba en Palestina en persecución de los Hyksos, expulsados de Egipto, y la convertía en provincia de su imperio. Palestina permanece durante tres siglos bajo el dominio cultural egipcio. Al mismo tiempo, bajo esta tutela egipcia, sus puertos mediterráneos se abrían hacia un mundo nuevo: los pueblos que, en las islas del Egeo y en las costas de Grecia, habían creado una civilización brillante y refinada.

Pero la constante de la historia del Oriente Medio empezaba a cumplirse. Los egipcios, en su marcha hacia el norte, se estrellaron contra un nuevo imperio —el de los hititas—, que había cristalizado en el centro de Asia

Menor. En 1286 fue la batalla decisiva, que marcó el declinar del influjo egipcio en el Cerciente Fértil.

Estamos al final de la Edad del Bronce. Hacia 1200 a. C., un nuevo colapso sacude gran parte del Oriente Medio. Una oleada de bárbaros, a los que los historiadores han bautizado con el nombre de "los pueblos del Mar", partiendo desde las costas de Grecia y las islas del Egeo, invadió la faja costera de Asia Menor, Siria y Palestina, arrasándolo todo a su paso. Rechazados por el faraón de Egipto, un resto de estos pueblos se estableció en la llanura marítima de Palestina. En la Biblia aparecerán con la denominación de "filisteos" y darán a la Tierra el nombre con que hoy la conocemos.—Pero la zona montañosa de Palestina ya estaba ocupada para entonces: unos treinta años antes, un pueblo venido del Desierto la había conquistado a sangre y fuego.

La espléndida civilización del segundo milenio quedaba sepultada bajo una capa de ceniza y destrucción. Su recuerdo perduraría en forma de mitos y leyendas épicas. Pero de las cenizas de aquella civilización iba a surgir una edad nueva. A caballo entre Europa y Asia, y tras una lenta labor de síntesis, se fraguaba el proceso cultural que cristalizaría en el "milagro griego", y echaría así las bases de nuestra civilización occidental. Por otra parte, aquel pueblo surgido del Desierto era portador de una fe nueva: su Dios, Yavé, le había librado de la esclavitud extranjera, pactando con él una alianza, y le había prometido la tierra por la que habían peregrinado sus padres. El devenir de la Historia se convertía en artículo de fe. Israel se enrollaba en esa Historia, cuyos hilos manejaba el Señor.

En el cruce entre los dos milenios, la palabra del Señor se dirigía una vez más a los hombres. Esta vez a un hombre que había recorrido la Tierra con el cayado de pastor y que ahora tenía el cetro de rey: "Yo te saqué de los

pastos, de detrás del rebaño, para que fueses príncipe sobre mi pueblo Israel, y he estado contigo por doquiera que has ido... Yo suscitaré detrás de ti a uno de tu progenie, salido de tus entrañas, y afirmaré sólidamente su reino. El construirá una casa a mi nombre y consolidaré el trono de su reinado para siempre. Y tu casa y tu reino serán afirmados para siempre ante mí: tu trono se consolidará eternamente" (2 Sam 7, 8-9, 12, 16). El último artículo de la fe israelítica, la esperanza en un reino mesiánico, vislumbrada en profecías anteriores, empezaba a tomar cuerpo definido.

El resto de la historia de la Tierra es de sobra conocido. Israel consiguió mantener su independencia por unos siglos, aun después de la dolorosa secesión del reino, gracias a la confusa situación del Oriente Medio. Cuando los imperios del norte lograron afianzarse de nuevo, su ansia expansionista los lanzó a la conquista del Creciente Fértil. Samaría caía en manos de los asirios en el año 722. En el 586, el rey de Babilonia deportaba a los habitantes de Jerusalén. En aquellos momentos de prueba, que los profetas reconocían como castigo por su infidelidad a la alianza, Israel se refugiaba en su fe en la promesa del trono eterno de David, que ahora aparecía extrañamente completada por una figura misteriosa: la del Siervo doliente de Yavé, sacrificado por los pecados del pueblo.

A fines del s. VI, con la benevolencia del Imperio persa, un resto del pueblo deportado volvía a la Tierra. El exilio había actuado como purificador, y la fe yavística volvía robustecida. Israel seguiría una existencia escondida, mientras Alejandro sometía el Oriente Medio y lo unificaba bajo la cultura griega. Israel se helenizó, en parte, culturalmente, pero mantuvo su fe, y gozó de una independencia pasajera, favorecida una vez más por las crisis políticas de sus vecinos.

En el a. 63, Pompeyo entraba en Jerusalén. La tierra quedaba adscrita a la órbita romana.

Y, unos años más tarde, mientras la Tierra, incluida ya en una unidad política que abarcaba toda la cuenca mediterránea, gozaba de la paz de Augusto, la Palabra del Señor pisaba, esta vez con un contacto físico e inmediato, la tierra de la Biblia. La Historia quedaba partida en dos. Por los campos de Palestina resonó el eco de la Palabra.

Pero Israel no escuchó la Palabra, y fue arrojado de la tierra que el Señor había prometido a sus padres. Palestina fue pagana y cristiana.—En el s. VII, una nueva oleada, disparada por el Desierto, invadía el Creciente Fértil. Palestina se islamizó en su mayor parte, bajo árabes y turcos.—El 15 de julio de 1099, un grupo de cruzados centroeuropeos entraba en Jerusalén y establecía un efímero reino cristiano en Palestina, que recibiría el golpe de muerte en 1187, en los montes de Galilea.

Palestina llevó una vida lánguida, bajo el dominio de los mamelucos de Egipto, primero, y como parte del Imperio turco otomano, después, hasta nuestro mismo siglo. El 11 de diciembre de 1917, en el curso de la primera guerra mundial, las tropas inglesas de Allenby entraban en Jerusalén. Palestina pasaba a ser mandato británico, por delegación de la Sociedad de Naciones.

Pero, entretanto, había ocurrido un fenómeno histórico. La corriente reinmigratoria judía, tenue durante los siglos anteriores, cobró un vigor inusitado a fines del s. XIX, como meta del movimiento sionista, del que era alma Teodoro Herzl. En 1909, junto a la antigua Yafo de la Biblia, se fundaba la ciudad de Tel-Aviv, con población casi exclusivamente judía. El 2 de noviembre de 1917, la declaración Balfour prometía a los hebreos la creación de un "National Home" en la tierra de sus antepasados. El movimiento

sionista cobraba carácter de verdadero Exodo durante los años de la persecución nazi y los primeros años de la postguerra. Surgieron conflictos. Y, por fin, el 14 de mayo de 1948, horas antes de que las tropas inglesas abandonaran Palestina, se proclamaba el Estado de Israel.

Como bajo un sino de la Historia, los pueblos del Creciente Fértil se aunaron para ahogar en sangre aquel conato de independencia judía. Pero los tiempos habían cambiado: detrás de un par de millones de judíos, ferozmente empeñados en la tarea de crearse una patria en la tierra de sus antepasados, había varios millones de hebreos, repartidos en puntos influyentes de todo el mundo. Y varios millones de dólares en las bancas judías de Nueva York. Israel rechazó a los árabes. El armisticio de Rodas, de febrero de 1949, fijó a Israel unas fronteras de guerra, con unos vecinos que no le perdonaban la existencia.

Y ésa es la Palestina que encuentra hoy el viajero. Una tierra de contrastes, en que junto a las murallas medievales aparcan los coches de fabricación americana. En que los naranjales irrigados por aspersion lindan con tierras desérticas, con una posibilidad de camellos como fondo. En que una población árabe, apegada a sus costumbres tradicionales, convive, separada por ametralladoras, con un estado judío, donde, a su vez, se mezclan la estampa

del rabino con barba y levita y la de la "girl-soldier", que cumple su servicio militar con uniforme y fusil.

Las orillas del mar que escuchó las bienaventuranzas de los mansos y los pacíficos, resuenan periódicamente con el tableteo de las ametralladoras. Y, lo que es más doloroso para nosotros, en la tierra donde Jesús predicó el amor como distintivo de sus discípulos, han resonado las palabras de odio de los cristianos divididos, mientras los muros de la basílica del Santo Sepulcro se arruinaban por falta de armonía entre los que tenían que repararlos.

En diciembre de 1964, el Papa Pablo VI visitaba Tierra Santa en un viaje que quería ser un mensaje de paz. Sobre el monte desde el que Jesús subió al cielo, los representantes de dos comunidades cristianas, separadas por un cisma de siglos, se abrazaron por primera vez. Y ese abrazo puede ser el símbolo de una plegaria de la Humanidad, que pide a Dios el don que un día anunciaron los ángeles sobre tierras de Palestina: el don de la paz y el amor entre unos hombres que se crean de verdad hermanos, porque quieren ser hijos de un mismo Padre.

(1) Son los hurritas. De raza no bien determinada, sufrieron la invasión de un pueblo indoario, los mitanni, que se les superpuso como casta dominadora y los lanzó a un amplio movimiento expansionista.